



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II 22 de setiembre de 1888 Núm. 47



MARGARITA



LECCION DE HISTORIA

VIAJABA yo hace unos años, no muchos, por país extranjero, en compañía de un sabio español, gloria de nuestra patria, en la que su talento y profundo saber han elevado á una alta posición. Caminábamos en dirección á Metz, capital de la antigua provincia francesa Lorena, hoy alemana. Durante el viaje sostuvimos animada conversación, de la que nunca me olvidaré por lo mucho que aprendí, pues la conversación del sabio es siempre instructiva. Al llegar á una llanura, cruzada en toda su extensión por un no muy caudaloso río que lleva sus aguas al Sena, confundiéndose con él cerca de París, giró la conversación sobre la celebridad de aquellos lugares y de aquel río, cuyas tranquilas aguas miraba con atención mi compañero, como si hubiera de leer en ellas el suceso de que fueron testigos.

Como yo fui siempre muy curioso, pregunté é insté á mi amigo á que me refiriese el misterio que ocultaban aquellas riberas; curiosidad que satisfizo al instante en estos términos:

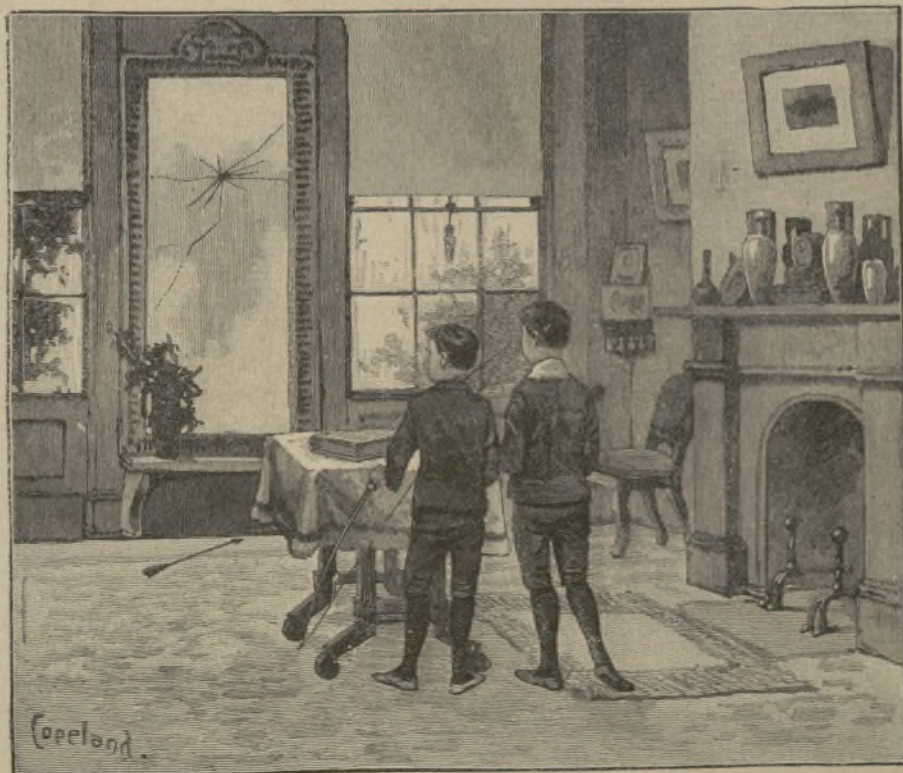
«La gran llanura que en este momento atravesamos, y el río que la cruza, vieron en un tiempo la encarnizada pelea y sangriento choque de dos pueblos que se disputaban el dominio de Europa. Aquí se dió la batalla más descomunal y horrorosa que registra la historia, y cuya relación está escrita con sangre, pues sangre, y no más, fué el suceso que aquí tuvo lugar.

»Ya sabes por la historia,—continuó mi amigo,—que de las selvas de la Germania se desprendieron, allá por los años 376 de nuestra era, miles de hombres que, cual avasallador torrente desbordado por el mundo antiguo, destruían y devastaban cuanto se oponía á su paso. Estos hombres feroces y salvajes eran los vándalos, los suevos, los alanos, los borgoñones, y cien otros pueblos y razas, que, escalonados desde las fronteras del mundo civilizado hasta las remotas regiones del norte, acechaban de continuo al coloso del Mediodía, que con la superioridad de sus armas unas veces, y con estudiadas promesas y halagos otras, había conseguido contener en sus límites y tener á raya á aquel terrible y peligroso vecino.

»Pero llegó un momento en que, creciendo la impaciencia y desasosiego de aquellas tribus, se precipitaron hacia el sur, empujadas unas por las que venían detrás, y, salvando las fronteras del imperio romano, hicieron peligrosa la existencia del mundo viejo con sólo la presencia de aquellos feroces guerreros, que adoraban una espada clavada en tierra. Detuviéronse aún un ins-

tante en los límites del imperio, como meditando la empresa que iban á acometer; pero la Providencia les llamaba á cumplir su misión y de nuevo emprenden la marcha.

»Vióse entonces la Europa convertida en revuelto campo de batalla, donde todo era ruina, confusión, desorden y muerte. Los bárbaros hijos del Septentrion cruzaban el mundo en todas direcciones, llevando el espanto delante de sí, la devastación con ellos, y sangre y amargura en pos. A su irresistible empuje se bambolea y cae hecho trizas el imperio más poderoso que vieron los



Santiago y sus flechas

siglos; y su capital, la opulenta corte de los Césares y Augustos, vió profanados los hogares de sus hijos por la planta inmunda del hombre de la selva. Roma la soberana, entregada al pillaje, vió correr por sus templos y sus plazas la sangre noble de sus moradores: de señores del mundo, veíanse de pronto convertidos en esclavos de un rey salvaje (1).

»Cuando los bárbaros se repartían los jirones del grande imperio; cuando la Europa, assolada y destruida, sólo ansiaba un momento de tregua para descansar de tan continuas luchas; cuando la calma empezaba á renacer tras una tan horrorosa tormenta; un hombre, jefe del pueblo más bárbaro é inhumano de todos los pueblos bárbaros; el feroz *Atila*, que mandaba los *hunos*; el *azote de Dios*, como él mismo se apellidaba; aquel que era dueño de un imperio que

(1) Este era Alarico, quien, al frente de los visigodos, tomó á Roma el año 410 después de J. C.

se extendía desde el Báltico hasta la China; el hombre que al frente de su pueblo salió de la Tartaria, sujetando á su dominio á los persas en Asia y á los bárbaros en Europa, venciendo á los gépídos y ostrogodos, subyugando á los hérulos y llegando hasta Constantinopla, á cuyo emperador, Teodorico II, dejó reinar á costa de cederle la Iliria y de entregarle 6,000 libras de oro á más del tributo anual que le imponía; Atila, vencedor de los marcomanos y de los suevos, y dueño de Hungría (á la que dió el nombre su pueblo); meditaba en la soledad de su mansión, circundada de bosques, la nueva empresa que sus gentes iban á acometer.

»No le bastaban á aquel pueblo ni tantas victorias ni tantos países como había conquistado: sus ambiciones no cabían en los límites de un imperio, por grande que fuera: necesitaba dominar el mundo todo y ahogar entre sus férreos brazos á la humanidad entera.

»Pronto el sanguinario Atila concertó su plan; y cuando nadie pensaba en nuevas invasiones, pues parecía que el Septentrion había agotado ya sus



El elefante de Carlos

hombres, vió el mundo, con asombro y espanto á la par, salir de entre aquellas selvas una raza numerosa, nuevos salvajes que, á las órdenes de su rey, se disponían á arrojar sobre el Mediodía, arrancando hasta en sus cimientos todo lo existente. El peligro era inminente: los hunos empezaban á desbordarse; su grito de guerra dejábase oír como lejano trueno, preludio de negra tempestad; y el mundo iba á verse envuelto de nuevo en espantosa desolación. ¿Qué hacer? ¿Cómo salvar á Europa de tan segura catástrofe? ¿Creerían los

godos de buena fe en la palabra de Atila de pelear sólo contra el imperio de Valentiniano para destruirlo y asegurar á los godos la tranquila posesión de sus estados? ¿Serían engañados los romanos con la promesa de Atila de luchar contra los visigodos para restituir las provincias que estos bárbaros le habían usurpado?

»Por fortuna no fué así: ni unos ni otros se dejaron alucinar, que bien se les alcanzó que no eran deseos de ayuda, ni menos sentimientos de justicia, los de aquellas tribus que no la conocían; antes bien aunáronse y concertáronse godos y romanos para hacer frente al cataclismo que les amenazaba.

»Aun quedaba al imperio romano un brazo vigoroso que, empuñando la espada, supiera defenderle, en el ilustre general Aecio. Este romano cuenta sus tropas, llama á su lado á los godos y francos y expóneles la ventaja de pelear unidos. Oyénle éstos, y al momento acuden mandados por sus respectivos reyes Teodoredo y Meroveo. Atila, al frente de medio millón de hombres, sale de la Pannonia, atraviesa la Germania y el Rhin y se precipita impetuoso por el país de los francos, llegando á las orillas del Loire, frente á Orleans, donde godos, francos y romanos se habían reunido. Al saber esto retírase Atila á estas llanuras que atravesamos, escoge sus posiciones, y planta su campo orilla de este río Marne. Estas llanuras son los *Campos Cataláunicos*, cerca de la ciudad de Chálons-sur-Marne, campos cuya extensión, al decir del historiador Fernández, eran de 100 leguas de longitud por 62 de latitud. ¡Digno teatro de tan grande escena como iba á tener lugar!

»Llegan los aliados y se dividen en tres cuerpos: otro tanto hacen los hunos. Ambos ejércitos se miran frente á frente; y así como el potente león del desierto pasa, crispando la melena, al lado del fiero tigre de Bengala, sin de-

cidirse á cerrarle el camino, del mismo modo hunos y aliados, rugiendo de ira, pasan observándose mutuamente desde el amanecer, en que formaron sus filas, hasta las tres de la tarde, hora en que comenzó la acción.

»Magnífico espectáculo sería, sin duda, ver estos inmensos campos ocupados por miles y miles de guerreros de todos los países, con sus armaduras, resplandecientes á los rayos del sol, sus flechas y sus lanzas, sus briosos corceles, los brillantes uniformes de los romanos contrastando con la desnudez de la mayor parte de los hunos, y llenando el espacio la gritaría y las imprecaciones y las voces de mando y el sonido de las trompas.

«Veíase reunida,—dice Chateaubriand,—una parte considerable del género humano, como si Dios quisiera revistar á los ejecutores de sus venganzas. Iba á distribuirles la conquista y á escoger los fundadores de una nueva sociedad. Los pueblos reunidos, venidos de toda la tierra, habíanse congregado bajo las dos banderas del futuro y del pasado, del mundo que nace y del mundo viejo.»

»Atila, el vencedor en cien combates, el que paseaba sus armas victoriosas por la mitad del orbe, el feroz huno que adornaba la montura de su alazán con los cráneos de sus enemigos, el hombre de hierro jamás vencido ni dominado, aquel de quien se decía que *no volvía á crecer la yerba donde ponía la planta su caballo*, se siente como turbado y sobrecogido ante la multitud de enemigos que tiene delante. ¡Quizá no pensó que serían tantos! ¡Quizá no esperaba encontrar en el mundo hombres bastante arrojados para salirle al encuentro! Cansado de meditar y de esperar el ataque, arenga á sus tropas.—¡Tened valor!—les dice.—¡Mostrad ahora la intrepidez que os ha hecho temibles en el mundo entero! Vuestra fama es ya tan grande como vuestro heroísmo. Acrecentadla hoy arrollando á esos hombres que se atreven á esperarnos. ¡Nada puede el acero enemigo contra los valientes para quienes no es llegado el destino! Esa muchedumbre que os espera no podrá mirar á los hunos frente á frente: el miedo ha hecho que se unan gentes sin valor. ¡Arrojaos sobre ellos, seguros de la victoria que en este campo nos está reservada! ¡A vuestro empuje se desharán sus huestes, y, como tímido rebaño á la presencia del lobo, así les veréis huir! ¡Animo, pues, y á la batalla! ¡Yo seré el primero! ¡El que se atreva á ir delante de Atila caerá destrozado á los pies de su caballo!

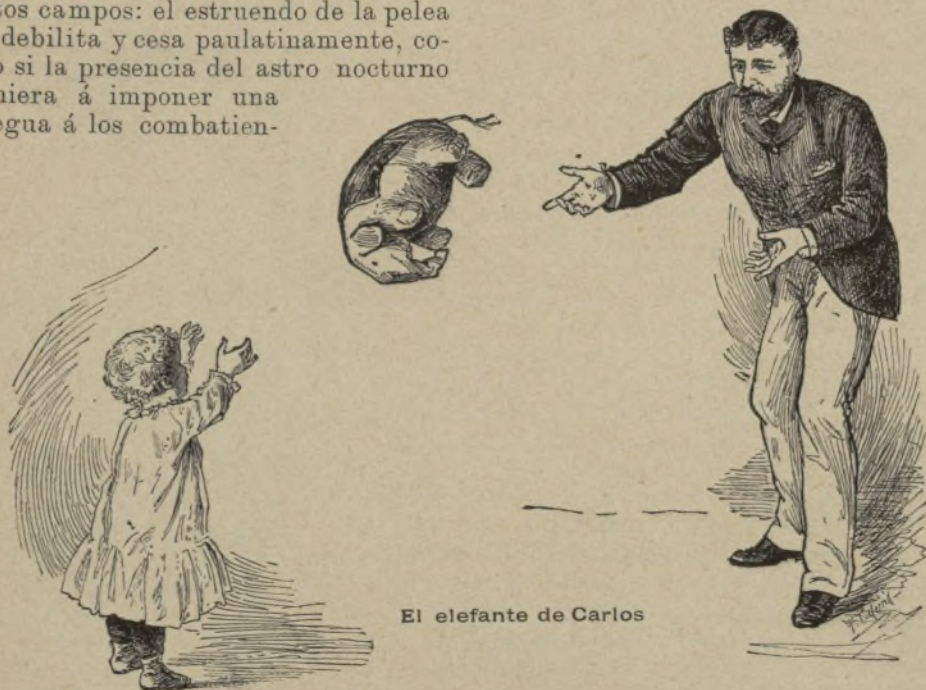
»Un momento después, medio millón de hombres enardecidos, y rebosando coraje, corrían confundidos y desordenados á lanzarse sobre el enemigo con fiero empuje, pero aquél les esperaba á pie firme. El choque fué espantoso: en pocos instantes vióse esta gran llanura cubierta por cientos de cadáveres. La sangre tiñó pronto hasta la última arena de estos campos, y el río Marne, cual impetuoso torrente, inundó desbordado las riberas, cubriéndolas de roja inmundicia. Los heridos, atormentados por la sed, pisoteados por los comba-



El elefante de Carlos

tientes, arrastrábanse á humedecer su boca cubierta de espuma, y bebían... ¡la sangre de sus hermanos! Los dos ejércitos combatían mezclados y confundidos; la gritaría y el tumulto ahogaban los ayes de los moribundos; una espesa nube de polvo elevábase al espacio oscureciendo los rayos del sol. Allí perece el valiente Teodoro, que, buscando á Atila, atraviesa por entre los enemigos, llevando la muerte y el espanto donde alcanza con su espada. Su cuerpo, cubierto de heridas y desfigurado por los golpes, desaparece bajo un montón de cadáveres (1).

»Ya las tinieblas de la noche extienden sobre la tierra su negro manto; ya la luna, apareciendo en el horizonte, lucha con las sombras, iluminando á intervalos el trágico cuadro que ofrecen estos campos: el estruendo de la pelea se debilita y cesa paulatinamente, como si la presencia del astro nocturno viniera á imponer una tregua á los combatien-



El elefante de Carlos

tes. Atila, atrincherado detrás de sus carros, pasa la noche en vela, temiendo un nuevo ataque de sus enemigos; pero ambos ejércitos se encuentran tan fatigados y maltrechos, que prefieren descansar en sus campos, dejando para el nuevo día el desenlace del sangriento drama que habían comenzado. Pero con sorpresa del mundo, que en anhelante expectativa seguía, con miedo é interés á la par, los detalles de aquel choque rudo entre los pueblos salvajes, bárbaros y civilizados, Atila se retira. ¿Es que había sido derrotado?

»¡No! La victoria no se declaró por ningún ejército; pero la luz del nuevo día enseñó á Atila que, de aquellos ciento sesenta mil cadáveres tendidos en el campo de batalla, la mayor parte eran de los hunos. Temió que un nuevo encuentro acabara con los restos de su gente, y decidió alejarse de aquel lugar que tan funesto había sido á su pueblo vencedor. El silencio que notó en el campamento enemigo (por haberse retirado también los godos y francos, á quienes Aecio consiguió engañar, temeroso del predominio que sobre los ro-

(1) Sobre el mismo campo de batalla eligieron los godos por rey á Turismundo, hijo de Teodoro (451).

manos pudieran ejercer aquellos pueblos que tan valientemente se portaran en el combate) sirvió á los hunos como de puente de plata por donde escapar á la segura destrucción de sus huestes, que, á no mediar la rivalidad y el recelo en el enemigo, hubiera sido un hecho.

»Atila fué á ocultar su vergüenza entre las selvas de la Pannonia, donde volvía fugitivo el que poco antes saliera del mismo país esperando que el mundo entero se postrara á sus pies.

»Batalla tan sangrienta y encarnizada cual jamás conocieron los tiempos, hizo de este lugar un sitio célebre, conocido en los fastos de la historia con el nombre de *Campos Cataláunicos*, que por sí solo es la expresión de un hecho que se presta á detenidas consideraciones.»

Calló mi amigo; y yo, aunque tenía deseos de saber qué fué de aquel Atila después de su retirada á la Pannonia, no me atreví á molestarle más, dejando la pregunta para cuando, de vuelta de nuestro viaje, atravesáramos de nuevo aquel lugar. Por entonces me conformé con repetir y grabar en mi memoria la lección de historia que acababa de oír á la vista del lugar del suceso.

Cuando, alejándonos de los campos, perdíanse confusos á mi vista aquellos lugares en el nublado horizonte, cerré los ojos y me pareció vislumbrar las sombras de aquellos guerreros que en el silencio de la noche dejaban sus tumbas para buscar aún sus enemigos con quien pelear. Cuando ya no vi más el teatro de tan espantosa catástrofe, complacíame en recordar mi paso por el lugar donde se eclipsó por vez primera la estrella *de el azote de Dios*.

BRAVO



El elefante de Carlos

APARATO ASTRONÓMICO

para la demostración del sistema solar

INVENTADO Y CONSTRUÍDO POR D. ENRIQUE SANTAOLARIA Y MIRALLES

FIGURA este utilísimo invento en el Palacio de las Ciencias; y tanto por ser obra de un profesor español, digno maestro de primera enseñanza en Martorell (provincia de Barcelona), como por su incuestionable utilidad, creemos oportuno dar aquí algunas explicaciones sobre el mismo.

El aparato está construído con arreglo á los principios de mecánica celeste expuestos por los más eminentes astrónomos, habiendo logrado el Sr. Santaolaria, después de infinitos cálculos y multitud de pruebas, que todos los movimientos planetarios se verifiquen con una precisión admirable y con tanta variedad como permite un mecanismo. Baste decir que pueden verse y estudiarse con dicho aparato los siguientes fenómenos:

1.º El movimiento de rotación del Sol, representado por un gran mechero y un globo de cristal. 2.º El movimiento de rotación y traslación de la Tierra, representada por una esfera gráfica de 24 centímetros de diámetro. 3.º La duración y diferencia de los días y noches en todos los países del mundo. 4.º Las estaciones del año, signos del zodiaco, y meses y días que la Tierra recorre en cada una de ellas. 5.º Cuando la Tierra está más cerca y más lejos del Sol, ó sea en su afelio y perihelio. 6.º La inclinación del eje terrestre y efectos que esto produce, por conservar siempre su paralelismo. 7.º Equinoccios y solsticios. 8.º Precesión de los equinoccios. 9.º Por qué en los polos no hay más que un día de 6 meses de duración cada año y una noche de otros seis. 10. Por qué en el ecuador hay dos veranos y dos inviernos cada año. 11. La Luna, representada por una esfera blanca: su volumen relativo al de la Tierra y excentricidad de su órbita, y cuándo se halla en su apogeo y perigeo. 12. Fases de la Luna, efecto de su movimiento de traslación. 13. Por qué la Luna nos presenta siempre la misma cara ó hemisferio. 14. Eclipses de todas clases, tanto de Sol como de Luna, efecto de la inclinación de la órbita de ésta, y por qué en todas las lunas nuevas y llenas no hay eclipses. 15. Por qué no pueden haber más de siete eclipses cada año ni menos de dos. 16. Ciclo lunar, efecto de la diferencia del año lunar, que tiene 354 días, del terrestre, que tiene 365'25 días. Esto es todo lo referente al Sol, Tierra y Luna, que se ve con toda claridad y ejecuta el aparato con toda exactitud por medio de 24 ruedas dentadas.

Planetas.—En este aparato hay los planetas siguientes, representados por esferas, cada una de ellas del tamaño que debe tener el planeta que representa y con su nombre escrito, dando cada uno de ellos la vuelta alrededor del Sol, en el tiempo exacto debido, por medio de una combinación de tubos y 23 ruedas dentadas que los ponen en movimiento: Mercurio. Venus. Otra Tierra con su Luna, que guarda relación en volumen con los demás planetas. Marte con sus dos lunas. Los 14 asteroides principales. Júpiter con sus 4 lunas. Saturno con sus 4 anillos y 8 lunas. Urano con 4 lunas. Neptuno con una y un cometa que da la vuelta en 10 años. Las lunas están representadas por esferitas blancas y son movibles lo mismo que los anillos de Saturno. Todo el mecanismo de este aparato está sujeto á un manubrio que al dar la vuelta pone en movimiento las 47 ruedas que tiene, funcionando todo con un orden completo.

A pesar de no haber el Sr. Santaolaria estudiado mecánica, ni mucho menos poseer el oficio de cerrajero, por lo cual no sería tan extraño que hubiese algún defecto en la parte material, han sido construídas por él todas las ruedas y demás piezas que componen el aparato. En cuanto á la parte científica,



El verano

está calculada con toda exactitud y aproximados hasta las centésimas todos los movimientos.

Mucho celebraríamos se propagase tan útil invento, puesto que hasta hoy no conocemos otro que con mayor claridad haga comprender lo que tan difícil se hace á la inteligencia de la mayoría de los alumnos.

O.



MESA REVUELTA

SAN Paulino, obispo de Nola en Campania, de donde procede la voz *campana*, fué el primero que introdujo el uso de las campanas en los templos por los años 400.

Adoptólas Francia en 550 y Constantinopla en 865. Posteriormente las adoptaron otros países.

Antes de ponerse en uso las campanas, se convocaba á los fieles á los oficios divinos dando sendos golpes en recias láminas de metal.

La mayor campana que se conoce es la del convento de Trostko, cerca de Moscon, que tiene media vara de espesor y catorce de circunferencia, pesando 66,000 kilogramos.

Preguntado un árabe qué pruebas tenía de la existencia de Dios, respondió:

—Así como por las huellas que veo en la arena conozco si es un hombre ó una fiera el que ha atravesado el desierto, así también, recorriendo con la vista la hermosa inmensidad de los cielos con sus soles esplendorosos y sus brillantes estrellas, adivino la existencia de un Creador.

Mr. Poeschman inventó en 1808 un aparato llamado *anemómetro*, que se emplea para medir con exactitud la dirección y fuerza del viento por medio de un sencillo mecanismo y de una aguja que gira sobre una rosa de los vientos. Aunque el aparato ha sido susceptible de algunas modificaciones, síguese empleándose con éxito.

El arado es sin disputa de muy remota antigüedad.

Los egipcios atribuían su invención á Osiris, y los fenicios á Dagón.

En tiempo de Jacob ya se araban los campos de la Arabia.

Según Plinio, los galos fueron los inventores.

Se atribuye la invención del juego de ajedrez á Palamedes durante el sitio de Troya. Sin embargo, la opinión está dividida en este punto, pues hay quien dice que fueron los indios los inventores del aristocrático juego.

La caña de azúcar es originaria de la India.

Fué conocida de los griegos y romanos, y Pablo de Egina, en el siglo VII, hace mención de ella.

En el siglo XIII fué trasplantada á la Arabia y al Egipto. En América es donde mejores resultados ha dado.

El azúcar de remolacha fué descubierto por Margraf, químico prusiano, en 1747.

La perversidad hace el mal, la debilidad lo consiente, y la ignorancia lo aplaude.

Los ingratos están siempre muy cerca de ser traidores.

El verdadero valor consiste en saber sufrir.

La única felicidad positiva es la conformación con la propia suerte.

La ignorancia es el enemigo más temible de la humanidad.

Se atribuye la invención de los anteojos á Rogerio Bacón y á Alejandro Spina en 1313. Asegúrase asimismo que Degliarmate los inventó en 1285.

El antejo de larga vista lo descubrieron por un accidente casual los hijos de un óptico holandés en el siglo xii.

Ricardo Archal fué el inventor del alambre en 1400. La primera fábrica de este artículo se estableció en Inglaterra en 1568.

La vanidad es un defecto repulsivo y el mayor enemigo de la virtud. Es imposible ser vanidoso y no ser altamente antipático. Nada más ridículo que la vanidad fundada sobre el nacimiento, las riquezas, el lujo ó sobre cualidades personales, eso es, sobre todo lo efímero. La vanidad debe ser considerada siempre como la patente de la más supina ignorancia.

En la época del descubrimiento de las Américas, el cacao fué traído á España por los españoles en 1524.

En 1649 existía sólo en Santa Cruz un pie de sembrado. En 1665 se descubrió en la Martinica, y á fines del siglo xvii se empezó á usar el chocolate en Europa.

Antes del descubrimiento de las Américas la almendra de cacao servía de moneda en muchas naciones del Nuevo Mundo.

TRINIDAD DE LA ROSA



— NUESTROS GRABADOS —

MARGARITA

Margarita tiene dos años y medio, y es la más alegre y juguetona de todas sus compañeras.

Cierto día su mamá fué á visitar una familia, y dejola confiada al cuidado de su papá, que era médico y estaba siempre ocupado por tener que visitar á muchos enfermos; pero el citado día no olvidó que debía acostar á la niña á cierta hora. Condújola á su lecho, y después de arreglarla iba á retirarse, cuando Margarita comenzó á reirse.

—¿Qué es eso, hija mía? ¿Por qué te ries?

—Porque no me has puesto la camiseta, papá.

A la niña le pareció aquel descuido un caso muy extraordinario; pero en vez de gritar y llorar, como tal vez lo hubiera hecho otra niña, lo tomó á risa, pues no solía enfadarse nunca, y ésta era una de las cualidades que más apreciaban su papá y su mamá.

SANTIAGO Y SUS FLECHAS

Cierto día el tío de Santiago fué á verle, y le llevó un regalo consistente en un arco con seis flechas. La madre del muchacho no quedó muy complacida, temiendo que aquel juguete podía causarle algún daño, y advirtió á su hijo que no lo usara mientras no le acompañase alguna persona.

Esta prohibición no pareció muy dura á Santiago mientras su tío permaneció en la casa, porque éste le enseñaba á disparar las flechas, teniendo cuidado de que no se hiciera daño alguno; pero á los pocos días marchó el tío, y entonces rara vez le fué posible á Santiago jugar con sus flechas.

Cierto día la mamá salió, dejando á su hijo con su amiguito Enrique, que tenía un año más de edad. Santiago comenzó al poco rato á elogiar su arco y sus flechas; y como Enrique manifestara deseos de ver aquel juguete, corrió á buscarlo. No echaba en olvido la recomendación de su mamá; pero pensó que, teniendo Enrique un año más, podía considerarle como persona mayor, y, por lo tanto, no vaciló.

Pocos momentos después, Santiago volvió con el arco y las flechas. A Enrique le gustaron mucho, y después de mirarlas detenidamente preguntó á su amiguito si podría tocar en un blanco, como lo hacían los arqueros.

—Sí, es muy fácil,—contestó Santiago.

—A mí me parece que será difícil hacerlo con un arco tan grande,—repuso Enrique.

—Nada de eso,—replicó el otro;—ahora verás.

Y colocando una flecha en el arco, tomó posición y disparó; pero como se le escurriese la cuerda, la flecha cruzó la habitación y fué á chocar en un espejo grande, colocado entre las ventanas, rompiendo la luna.

En aquel momento entraba la mamá, y vió aquel percance.

Santiago no obtuvo ya permiso para usar su arco y sus flechas, y además recibió en castigo una buena zurra; pero su mayor pesar fué ver todos los días el espejo roto, pues hubo de pasar mucho tiempo antes de que su papá pudiera comprar uno nuevo.

EL ELEFANTE DE CARLOS

Cuando Carlitos tenía dos años, su mamá le hizo un monigote en figura de elefante con trapos viejos. El niño quedó muy complacido con el regalo; y como le parecía muy trabajoso pronunciar la palabra *elefante*, púsole por nombre *Pizarrito*.

Cuando Carlitos veía pintado alguno de estos enormes animales, decía siempre:—Ese es *Pizarrito*.—El niño jugaba muchas veces con su papá, que le entretenía agradablemente un rato casi todos los días después de comer. Entonces el padre hacía rodar el elefante, ó poniale de cabeza en un gran cesto, de modo que sólo se le viese la mitad del cuerpo y la cola, con lo cual Carlitos se reía á carcajadas, divirtiéndose más que cuando jugaba con otros niños; y, aunque el elefante fuese de trapo, le cobró mucho cariño y le hablaba como si el monigote estuviera vivo.

A fuerza de jugar y jugar, el corpulento cuadrúpedo se deterioró, y un día quedóse sin ojos, y apenas podía tenerse ya en pie.

La mamá, para consolar á su hijo, hizole otro elefante, adornándolo con una manta muy bonita. Saltaba más aún que el otro, y Carlitos juzgó que no había perdido en el cambio. Muy pronto le cobró tanto cariño como al primero, y casi siempre le llevaba en brazos.



La escapatoria

EL VERANO

Las frescas aguas del riachuelo se deslizan entre alfombras de césped; en el bosque resuenan incesantemente los dulces trinos de las avejillas, que cantan sus amores en la espesura de los frondosos árboles; las suaves brisas susurran entre el follaje; las ovejas pastan en el prado, y su pastor, echado á la sombra de alguna corpulenta encina, se entrega tranquilamente al reposo durante los calores del día.

LA ESCAPATORIA

En la mañana de un magnífico día de invierno, Carolina tomó asiento en el tren sin saber á dónde se dirigiría.

No había dicho una palabra en su casa, y no se pudo saber por qué hizo aquello; pero el caso es que se marchó, vestida con su gracioso traje y con la sonrisa en los labios.

La gente miraba la niña con sorpresa, pero Carolina no hacía ningún aprecio de los demás, ni estaba inquieta al parecer; por lo cual se creyó que tenía costumbre de ir sola.

La niña se colocó con toda comodidad en el rincón de un coche, y el tren se puso en marcha. Poco después se presentó el conductor para recoger los billetes, pero no se fijó en la niña, que no sabemos qué hubiera hecho si le hubiesen reclamado el suyo, pues no tenía el talón, ni tampoco dinero.

Cuando el tren se detuvo, una señora joven y agraciada entró á tomar asiento y colocóse junto á Carolina, miró á ésta un momento, sonrióse, y le dió un confite, preguntándole á dónde iba.

La niña no supo qué contestar, y la señora supuso que tal vez lo sabría el conductor.

Al cabo de algún tiempo Carolina se durmió, y seguía entregada al sueño cuando el tren llegó á un punto bastante lejano. Apenas estuvo en la estación, un caballero entró en el coche, mirando á todas partes con aire inquieto, y al ver á la niña cogióla y bajó llevándola en brazos.

Carolina se preguntaba quién sería aquel caballero y qué pensaba hacer de ella; pero no tardó en saberlo, pues apenas llegó el tren descendente, fué introducida en un coche, y un momento después el tren continuó su marcha.

Si me pedís ahora la explicación del hecho, hijos míos, os diré que los padres de la niña, sabedores del hecho por los informes que habían tomado, telegrafiaron al punto á la estación para que fuese detenida la niña y devuelta á su casa, como así se hizo.

¿No os parece que Carolina obró muy mal?



La escapatoria

DESOBEDIENCIA

La bonita Clotilde tenía una espaciosa habitación para jugar y muchos juguetes que le habían regalado sus padres; pero algunas veces era muy mala.

Su mamá le tenía prohibido entrar sola en el gabinete, porque había allí muchas cosas que se podían romper fácilmente; pero una tarde, cuando nadie la veía, dirigióse á dicha habitación, abrió la puerta y entró.

—Cerraré por dentro,—dijo para sí,—y de este modo nadie podrá entrar.

No sin trabajo consiguió dar vuelta á la llave, más al fin cerró. Enton-

ces, creyéndose ya segura, comenzó á recorrer la habitación, examinando todos los objetos de adorno que cubrían el velador, la mesa y las rinconeras.

Cuando lo hubo visto todo, quiso salir; pero esta vez no pudo dar vuelta á la llave á pesar de todos sus esfuerzos, y, cansada al fin, rompió á llorar.

Durante largo tiempo no cesó su llanto, mas nadie podía oírla, porque su mamá había ido á paseo y los criados estaban en la cocina.

Al fin se echó en el suelo y quedóse dormida.

Cuando se despertó, la habitación estaba oscura, pero Clotilde comprendió que debía ser hora de cenar.

Entonces comenzó á llorar de nuevo, hasta que oyó que la llamaban.

Un momento después la mamá llegó á la puerta; mas, no pudiendo abrir, fuéle preciso enviar en busca de un cerrajero, y pasó cerca de una hora antes que Clotilde saliese de la habitación.

Su mamá no quiso castigarla, pues pensó que la niña lo estaba ya suficientemente.

Desde aquel día Clotilde no volvió á entrar en el gabinete sola.

EL CENTÉN DE TERESITA

(Continuación)

Á pesar de su lenguaje brusco, de sus modales rudos y á veces hasta groseros, la casera tenía buen corazón. Habíala sorprendido el aseo que reinaba en casa

de las Rodríguez; y como el aseo era á sus ojos, como buena vizcaína, la primera de las virtudes, no había realmente experimentado ninguna repugnancia en tomar á Juanita; pero la idea de que había sido simplemente «plato de segunda mesa» y que la joven se hubiese buscado otra casa sin consultarla, la puso fuera de sí: perdía al par una excelente criadita y la satisfacción íntima de su generosa conducta. Así fué que, para dar rienda suelta á su cólera, echó por aquella boca las más terribles atrocidades sobre las Rodríguez so pretexto de que lo «había oído decir,» con lo cual quedó la pobre Teresita consternada.

Cuando ya el mal quedó hecho, hizo la Sra. Fonseca como todas las personas de índole violenta: trató de repararlo desmintiendo todo lo que un momento antes había dicho; pero, por más que hizo, no consiguió devolver la tranquilidad á la atribulada niña, que, aunque tarde, comprendió lo aturdidamente que había obrado. Sin embargo, el ejercicio y el airecillo de la noche reanimaron un tanto sus bríos, y ya hemos visto en qué alegre estado se reunió con sus hermanos en la sala de estudio.

Contó Teresita á su mamá el resultado de sus gestiones, si bien haciendo caso omiso de las dificultades que había tenido que vencer, mientras que por su parte D.^a Victoriana se lamentaba interiormente por no haber sido más explícita en manifestar sus verdaderas intenciones, contrarias á la admisión de Juanita. Con todo, indulgente como siempre, no dirigió ninguna reprehensión á la niña, esperando que, Dios mediante, el negocio marcharía bien.

En cambio, Alfonso alarmó desmesuradamente á sus hermanos, exhortándoles á desconfiar constantemente, por ser la desconfianza madre de la seguridad; á cerrar los cajones y á evitar que las cosas anduviesen, como hasta entonces, de acá para allá, si no querían ver como volaban sin tener alas.

—¿Qué quieres significar con eso?—preguntó Carlota.

—Quiero decir que, desde el momento en que una muchacha tan misteriosa como la Juanita ha de ir y venir por esta sala, hay que abrir mucho ojo, no descuidándonos por ahí los botones, cadenas, lentes, gemelos, sortijas y demás que solemos dejar donde mejor nos viene. Yo no digo que Juanita no pueda ser una honradísima muchacha, pero nadie la conoce.



Desobediencia

(Se continuará)

SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Tercio de sílabas: Toledo, Ledesma, Domador.—Criptografía: San Raimundo de Peñafort.—Charadas: Arcadio, Zamora, Docena, Caridad.—Logogrifo: Gerónima.—Oración gramatical: Licurgo prohibió á los lacedemonios el uso del oro y de la plata

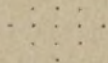
PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 = Nombre de mujer.
 1 2 3 4 6 5 = Id. de varón.
 2 5 6 4 5 = Persona defectuosa.
 6 1 2 7 = Alegría.
 5 2 7 = Animal hembra.
 2 3 = Nota.
 4 = Consonante.

M. LUISA ARRIBAS

ROMBO



Sustitúyanse los puntos con letras de modo que, leídas vertical y horizontalmente, resulte: 1.ª línea, cifra romana; 2.ª, pronombre; 3.ª, nombre propio; 4.ª, letra consonante; 5.ª, vocal.

M.ª L. ARRIBAS



Desobediencia

CHARADAS

Querido *todo*: Por estar en *prima dos*, que tanto te gusta, y una *cuatro* día más, no pudiste ayer ver la una *tres* de una *cuatro dos*, que se paseaba en bote por la *tres cuatro*, como yo, que la vi subido á una *tres dos*.
 Tuyo,

BAUDILIO DE LOS COBOS

He visto un *prima tertia* de Zaragoza
 y de *prima segunda* una carroza.
Tercia segunda:
 esta charada entera
 es una fruta.

LUIS M. MARTÍNEZ

Sin tener *prima* y *segunda* nadie se puede pasar;
segunda y *cuarta* sin ruido en estanque eogerás;
 y mi *todo* es una cosa que sirve para cazar.

TERESITA ÁLVAREZ

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.